

APÉNDICE

*LA FUNCIÓN PRÁCTICO-POLÍTICA DE LA FILOSOFÍA**

Hoy, debía hablar según el programa sobre la política de Aristóteles y con respecto al tema de la “mejor ciudad”, la *aristé politeía*. Dadas las circunstancias me he visto impulsado a efectuar un rápido comentario, sin ningún alarde de eruditismo, sino un poco como el pensar que va surgiendo de la lectura ingenua de un texto. Se trata de la *Apología de Sócrates*, que he extraído de mi derrumbada biblioteca, y que desearía comentarla con ustedes, y que, es posible, nunca más pueda comentarla como hoy porque se dan pocas veces en la vida situaciones como la que estoy viviendo. ¡Este texto es tan concreto y se me manifiesta tan referido al atentado que he sufrido, tan en consonancia con mi experiencia personal!

Al comienzo dice Sócrates:

La impresión que a vosotros, atenienses, os hayan producido mis acusadores, la ignoro; en cuanto a mí, hasta yo por poco me olvido de mí mismo: tan persuasivamente hablaban. Y sin embargo de verdad no han dicho, para decirlo de una vez, nada. Mas una de sus muchas falsedades me admiró más que ninguna: cuando decían que deberíais ponerlos en guardia para que no fuerais engañados por mí (17 a).

Al leer los diarios, escuchar la radio y ver la televisión, al considerar cómo anuncian la noticia del atentado que he sufrido, todo este texto cobra para mí una actualidad inusitada. Sócrates continúa:

Ellos en efecto, repito, no han dicho una sola verdad, a poco menos [...] (17 b). El caso es, sabedlo, que ahora comparezco por primera vez ante un tribunal, y cuento setenta años [...] (17 b). Pues bien, en primer lugar será justo, atenienses, que me defienda de las primeras acusaciones falsas contra mí y de mis primeros acusadores, luego de las últimas y de los últimos. Pues he tenido ya muchos acusadores ante vosotros desde hace muchos años, y que no han

* Esta conferencia fue dictada de viva voz en lugar de una clase, en la cátedra de ética de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza (Argentina), el 3 de octubre de 1973, día en el cual la casa del autor fue objeto de un atentado con bomba de alto poder realizado por elementos de extrema derecha del peronismo.

dicho nada de verdad. Los temo más que a Anito y quienes le rodean, si bien también éstos son temibles (18 a-b). Tales, atenienses, los que esparcieron estas habladurías son, de mis acusadores, los verdaderamente temibles, pues quienes los escuchan se figuran que quienes investigan tales cosas no honran a los dioses (18 c).

Aquí comienza mi glosa. En una hojita, un panfleto impreso a mimeógrafo, los que colocaron la bomba en la puerta de mi casa, me acusaban, entre otras cosas de "...envenenar la mente de los jóvenes" -pueden ver el papel, medio quemado por el artefacto ustedes-. En el instante mismo que lo leí, me dije para mis adentros: "¡Qué casualidad!, la acusación contra Sócrates." Pero la acusación que se ha levantado contra mí no es la de aquellos que redactaron ese panfleto, actores concretos del atentado, "Anito", sino de aquellos colegas y hasta antiguos amigos que han esparcido habladurías. En este día muchos me hablaban por teléfono; he recibido su solidaridad con gusto. Pero al mismo tiempo he tenido el disgusto de recibir excusas de aquellos que propalan dichas habladurías. Es decir, y con Sócrates:

Lo más desconcertante de todo es que, excepto el de algún autor de comedias, no es posible conocer ni decir sus nombres. Mas cuantos por envidia y apelando a la calumnia intentaban persuadirlos -como quienes, quizá convencidos ellos mismos, trataban de persuadir a otros- todos éstos resultan los más difíciles de tratar, porque no es posible hacer comparecer aquí ni refutar a ninguno de ellos, y es preciso que me defienda ni más ni menos que luchando contra sombras (18 d).

Es imposible luchar contra sombras, pero si fuéramos un poco más al fondo del asunto comprenderíamos que esa sombra es en realidad una estructura en nombre de la cual hablan muchos de nuestros intelectuales, simples manifestaciones del sistema. Y bien, sigamos leyendo:

Es menester sin más, atenienses, que me defienda y que intente, en tan breve tiempo, arrancar de vosotros el prejuicio imbuido durante tiempo tan largo (18 e).

Acto seguido Sócrates indica cuál es la acusación fundamental:

Retomemos la cuestión desde el principio. ¿Cuál es la acusación de la cual surgió el prejuicio contra mí, en la cual a su vez ha confiado, supongo, Meleto, al redactar esta acusación? [...] "Sócrates es culpable; se dedica, indiscreto, a investigar las cosas subterráneas y las celestes, a hacer prevalecer malas razones ya enseñar a otros estas mismas cosas." Es así, poco más o menos (19 a-c).

Es decir, de lo que se acusa al filósofo es el investigar el fondo, el fundamento; y, lo peor aún, es el enseñar a otros. Y cuando, al fin, resumirá todas las acusaciones, se explicará de la siguiente manera:

A continuación deseo vaticinaros algo a vosotros, los que me habéis condenado. Pues piso el umbral desde donde los hombres mejor vaticinan: *cuando están a las puertas de la muerte*. Sostengo, pues, vosotros que me habéis condenado a muerte, que poco después de mi muerte recibiréis un castigo mucho más grave que el que me habéis deparado al condenarme. Lo habéis hecho en la creencia de que sí os dispensaríais de rendir cuenta de vuestra vida, pero os resultará todo lo contrario, así lo afirmo. Crecerá el número de quienes os pidan cuentas, de aquellos a quienes he contenido hasta ahora sin que vosotros los advirtierais; serán más arduos cuanto más jóvenes y tanto más os exacerbaréis vosotros. En efecto, si creéis impedir, mediante ejecuciones, que alguien os reproche no vivir como es debido, no pensáis bien, pues tal modo de liberarse, ni es posible sin más, ni es noble [...] Esto quería vaticinaros a vosotros, los que me habéis condenado, antes de despedirme (39 c-d).

Pero volvamos a la acusación. A Sócrates -era la primera acusación- se le increpa de investigar y enseñar lo que investiga, acerca de realidades subterráneas y celestes, en otras palabras: alejadas de la cotidianidad. En nuestro tiempo, se usan otras “malas palabras” para acusarnos de “investigar cosas subterráneas”. En el panfleto que depositaron junto a la bomba se me acusaba de “enseñar el marxismo”. ¡Es tan fácil unir un pensamiento crítico a aquello que la propaganda ha designado como lo maligno mismo! Pero a los que así acusan que son de alguna manera siempre los que usufructúan el sistema -a veces pobremente como en el caso de los operadores físicos del atentado-, se les escapa que la crítica al sistema no es necesariamente marxismo, pero aunque fuere distinto les aparece siempre marxismo. “Marxista” es el opuesto al sistema.

En realidad, no se acepta la criticidad, sea cual fuere:

Más alguno de vosotros podría preguntar: “Pero Sócrates, ¿cuál es tu ocupación? ¿De dónde han surgido esas calumnias contra tí? No habrían surgido, sin duda, de no dedicarte a algo fuera de lo común. ¿Cómo es que corren tantos rumores y tienes tal fama, si no te dedicas a algo diverso de lo que hace el común de la gente? (20 c-d).

En este texto podemos observar lo que para mí permitiría pensar la función de la filosofía, la función política de la filosofía sin ser, esencialmente, política propiamente dicha. Más adelante Sócrates va a decir, que con clara conciencia había rechazado la vocación estrictamente política, pero veamos cómo trata el tema. En primer lugar, ¿por qué se corren estos rumores *políticos* contra el filósofo?, ¿por qué es perseguido por ciertos políticos? El filósofo continúa:

No me vayáis a interrumpir gritando, atenienses, aun cuando os parezca que hablo con presunción, pues no han de ser mías las palabras que diga; las referiré, por el contrario, a quien las pronunció, a alguien digno de fe para vosotros.

Pues de mi sabiduría, si efectivamente hay alguna en mí, y de como ella sea, os he de citar como testigo al dios del Delfos (20 e).

Es decir, Sócrates se vuelve a los atenienses en nombre de sus propios dioses, de los más antiguos y respetables, y se vuelve contra ellos en razón de su propia tradición. Personalmente, en todos mis trabajos, siempre me he vuelto muy al origen del llamado Occidente. Durante muchos años peregriné hasta las “fuentes”. Después de haber estudiado filosofía en esta facultad, a mis veintitrés años, partí a España con una beca. Iba a España con plena conciencia de comenzar un viaje que no sabía cuándo terminaría. Terminó diez años después, ya que sólo en 1966 volvía a Argentina. Pero España no me satisfizo como el origen de Hispanoamérica. Fui más lejos, en el espacio y el tiempo. Fui a nuestro Delfos, que ya no estaba en Grecia. El origen de nuestra civilización era ahora Israel. Pasé dos años allí. Trabajando de mis manos como obrero de la construcción, como pescador en el Lago, pensando, rememorando América latina desde su raíz. Debía recibir el “oráculo”, el designio histórico. De aquella experiencia surgió *El humanismo semita*, libro en el que se refleja ya el descubrimiento del pobre, del otro, del oprimido. Pero lo paradójico es que, buscando justamente las estructuras originarias de nuestra cultura, encontré en el pensamiento crítico de los profetas de Israel -leídos en hebreo y en su contexto- la posición política por la que hoy soy criticado por aquellos que se dicen defensores de una “civilización occidental y cristiana”. Lo paradójico es que soy acusado por aquellos que usurpan un nombre, que asesinan a un pueblo en nombre de los principios que le sirven de motivación para su liberación. y bien, Sócrates se apoya en Delfos para comenzar su defensa, como el origen de su vocación y de la cultura griega. Pienso, como él, apoyarme en la más antigua tradición de Occidente que son la posición de los profetas de Israel. Alguien, no ya griego pero sabio también, dijo: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te he enviado!” El hecho se repite nuevamente. Jerusalén es el sistema, y por ello mata al que la critica, al crítico. Cuando el sistema se repliega sobre sí mismo no puede ya aceptar crítica alguna.

Cuando Sócrates recibió el oráculo quizo cumplirlo, quizo ser fiel al origen. Investigó entre los atenienses quienes todavía podían referir su praxis al fundamento, a los dioses. Nos dice el filósofo:

La encuesta que acabo de relataros, atenienses, me deparó muchas enemistades, y tales, por cierto las más hondas y enconadas, que de ellas brotaron muchas calumnias contra mí, así este nombre de sabio que me dan (22 e-23 a).

Esto es lo que acontece. Trabajando, escribiendo, enseñando esa tradición es necesario ir enfrentándose con los que se creen “más sabios”, colegas de esta facultad, seguramente porque se reinterpreta lo que ellos piensan de otra manera, de manera más radical, crítica. Se critica los fundamentos que ellos creían irrefutables. En nombre aún de

la civilización occidental y cristiana hemos criticado lo que ellos enseñan, ya que en realidad ellos han instrumentado para fines políticos de derecha algunos principios desgajándolos de su primer sentido.

Y por ocupación no he tenido tiempo para dedicarlo libremente a los intereses de la Ciudad en nada digno de mención, ni a mis intereses particulares; vivo, al contrario, en extrema pobreza por el servicio del dios (23 b-c).

Por suerte, o por designio, no he cumplido nunca otra función que la docencia -aunque me han ofrecido otras y mejor remuneradas-, nunca me dejaron realizar el concurso definitivo de profesor y sólo he alcanzado una dedicación parcial. Además, algunos se preguntan si es verdad que la docencia tiene algún sentido político -me refiero ahora a los más jóvenes y comprometidos con el destino de la patria-. En el fondo de mi ser, hoy, surge como una alegría, un entusiasmo, porque ahora al menos pareciera que para los que promovieron el atentado -¡al menos para ellos!- la filosofía es un enemigo, tiene algún peligro, algún sentido, porque solo se combate lo que se teme y la que se piensa que tiene alguna importancia o influencia. Un filósofo y maestro mío en Francia, Yves Jolif, nos decía que “la muerte de la filosofía es la indiferencia”. El ataque manifiesta, al menos, que no hay indiferencia; indica que la tal filosofía vive, crece, es temible, aunque más no sea -como decía recién- en la mente de los acusadores. Esto nos confirma que el maestro todavía juega un papel en la ciudad. Y nuestro filósofo continúa:

Mas entonces quienes son examinados por ellos se irritan contra mí, no contra sí mismos, y dicen que Sócrates es un sujeto infame como ninguno, que corrompe a los jóvenes. Y si alguno les pregunta qué hace y qué enseña para corromperlos, no tienen qué decir; lo ignoran, pero para no mostrar su desconocimiento echan mano de las críticas manidas contra todos los que filosofan, diciendo que “las cosas celestes y las subterráneas”, a “no creer en los dioses” y a su “hacer prevalecer malas razones” (23 c-d).

Esto es más que evidente. Ellos hablan pero ninguno de ellos se ha tomado un tiempo para leer mis obras. El otro día el hijo de un profesor amigo tuvo que enfrentarse a un colega que criticaba mi pensamiento. El joven le exigió que concretara, a partir de algún escrito. El colega terminó por reconocer que no había leído nada, pero que había oído decir... Además *Para una ética de la liberación latinoamericana* le había parecido un libro engorroso y no había podido avanzar en la lectura. No había logrado entender la que se explicaba, pero podía acusarme de ser marxista. Se “dice” acerca de “lo que dicen” otros. ¡Pura habladuría!

Este colega no sólo decía que yo era marxista, sino igualmente ateo. No sólo a Sócrates, a los primitivos cristianos en el Imperio, a Fichte ya muchos otros se les ha criticado de ateos. Debe ser porque siempre digo que hay que ser ateos del sistema fetichizado. Y continúa:

Por ello, como lo afirmaba al comienzo, me asombraría si pudiera arrancar de vosotros en tan poco tiempo los efectos de tanta y tan arraigada calumnia (24 a).

Y sigue, entonces, más adelante, una gran cantidad de reflexiones que las circunstancias van dictando a Sócrates, ya condenado a muerte -¡un atentado criminal es también una condena a muerte!-. Escogamos algunas de ellas, como se nos vayan presentando, así, improvisadamente:

Es como si dijera: “Sócrates es culpable de no reconocer a los dioses” [...] (27 a).

La acusación de no reconocer a los dioses, el fundamento del sistema, fue la eterna acusación contra el filósofo. Sócrates es entonces ateo, pero no porque niegue todos los dioses, sino los que en el sistema justifican al sistema como divino. Claro es que el ateísmo de Sócrates no era suficientemente crítico. De todas maneras, siempre, el filósofo será ateo de todo sistema posible. Será el hombre de la sospecha radical.

Pero quizá alguien podría decirme: “¿Y qué, Sócrates, pues no te avergüenzas de haberte dedicado a una tal ocupación, que por ella corres ahora peligro de muerte?” (28 b).

¿Qué ocupación? La ocupación de filósofo. Y si he tomado en esta tan dolorosa situación a Sócrates es porque recorriendo la historia de la filosofía no encontraremos otro filósofo muerto explícitamente en fidelidad a su vocación filosófica (aunque tampoco recuerdo otro filósofo que por ser tal haya sufrido un atentado de bomba en la que pudo perder igualmente su vida). Esto significa que algo está aconteciendo en América latina. ¿No será que está surgiendo una filosofía real? La filosofía cobra así la fisonomía de una tarea seria, demasiado seria, en cumplimiento de cuyos fines se puede correr peligro de muerte.

A quien esto me dijera yo le opondría, con palabras justas, las siguientes respuestas: “No dices bien, amigo, si piensas que un hombre, por poco que sirva para algo, deba tomar en cuenta el peligro de jugarse la vida y no antes bien considerar tan sólo, cada vez que obra, si lo que hace es justo o no lo es, y si su acción es propia de un hombre valiente o de un cobarde” (28 b).

Sócrates muestra una clarividencia asombrosa, ya que lo importante no es dar la vida sino la justicia del motivo que nos mueve a darla. El juicio no es sólo el de nuestra conciencia, sino también el de la realidad que funda la conciencia. En este día, cuando a uno le pesa tanto lo que acontece, cuando uno ve su hogar, su casa, convertida en un campo de batalla, destruida; cuando esta mañana desde la estancia o living podía ver las personas que pasaban por la calle a través del boquete de la pared, por donde además divisaba mis libros

esparcidos en medio de la vereda y hasta la calle; cuando uno contempla ese paisaje nace la cólera, pero, de inmediato, surgió en mi mente otra expresión: “Perdónalos porque no saben lo que hacen.” Los actores inmediatos son meros instrumentos; los autores reales, por su parte, están enceguecidos por un caparazón ideológico que les impide comprender lo que hacen. Personalmente están perdonados. Objetivamente, sin embargo, son el sujeto mismo de la dominación y eso no puede ser perdonado; grita la venganza de la historia, la rebelión del pueblo. En este sentido, este atentado es para mí un honor, inmerecido; pero al mismo tiempo es un signo que me muestra estar en el buen camino, en el método correcto del pensar. Es una prueba práctica de la validez de una filosofía.

En la situación misma, en el atentado, me viene a la mente el hecho del justo torturado. Cuando alguien es picaneado, o crucificado -es lo mismo- y tiene la valentía y claridad de perdonar, constituye al otro como otro, como persona. No lo reduce a ser una máquina de dolor; permanece alguien ante alguien. En esos momentos límites el hombre expone toda su grandeza y es necesario saber valorar dichos instantes.

Pues bien, yo habría obrado muy mal, atenienses, si mientras en aquellas oportunidades, cuando los jefes que vosotros elegisteis para que me mandaran en Potidea, en Anfípolis y en Delión me asignaron un puesto, me mantuve en él como cualquiera y expuse la vida, en cambio cuando el dios me asignó un puesto, cual hube de pensar y aceptar, que debía vivir filosofando y examinándome a mí mismo ya todos los demás [yo diría: y examinando la voz del pueblo oprimido para liberarlo], entonces, pues, temeroso de la muerte o de alguna otra consecuencia, hubiera abandonado la línea. Muy mal obraría por cierto, y en verdad, en tal caso cualquiera podría con justicia hacerme comparecer en juicio por no creer en los dioses, pues desobedecería la sentencia del oráculo, temería la muerte y me figuraría ser sabio sin serlo. Pues el temerle a la muerte, atenienses, no es otra cosa que creerse sabio, sin serlo, ya que es imaginarse que uno sabe lo que no sabe. Nadie sabe, en efecto, si la muerte no es para el hombre el mayor de los bienes; la temen, sin embargo, como si supieran con certeza que es el mayor de los males (28 d-29 b).

Cullmann, un autor francés, ha escrito una obra sobre la inmortalidad y la resurrección. Nos describe el hecho de Sócrates ante la muerte, con alegría casi la enfrenta como liberación del cuerpo: la muerte del cuerpo es el nacimiento de la vida divina del alma. Por el contrario, cuando dentro de la tradición semita Jesús se enfrenta a la muerte en el Getsemaní llora amargas lágrimas y suda sangre. Hay entonces dos sentidos de la muerte: uno se afirma ante la inmortalidad y otro en la resurrección. Uno es dualista, Sócrates; otro es antropológicamente unitario en la realidad de la carne, el semita. La muerte del semita es un enfrentarse a la nada; la del griego a la inmortalidad. El primero

se afirma desde la nada como creación o resurrección; el segundo como ingeneración o divinidad. No puedo prolongarme, pero de todas maneras, en momentos como éste, es necesario pensar sobre la muerte, desde la muerte, a la luz de la muerte y la vida.

Si me dijerais pues, en contra de tal alegato: “Sócrates, por esta vez no haremos caso de lo dicho por Anito, sino que te absolvemos, bajo la condición, empero, de no proseguir tu indagación y de no filosofar más; pero si eres atrapado otra vez dedicado a ello, morirás.” Si me absolvierais, repito, bajo tales condiciones, os diría: “Yo, atenienses, os estimo y os quiero bien, pero he de obedecer más al dios que a vosotros y mientras aliente en mí la vida y sea capaz, no cesaré ni cejaré, en modo alguno, de filosofar ni de amonestaros ni de hacerlos ver con claridad, dirigiéndole a quienquiera de vosotros que encuentre, palabras tales como las que acostumbro: ‘Ateniense, el mejor de los hombres, ciudadano de la ciudad más grande y de la más ilustre en las artes y por su poderío, ¿no te avergüenzas de preocuparte, tratándose de riquezas, de cómo acrecentar lo más posible la tuya, y también tratándose de la fama y de los honores, pero en cambio, tratándose de tu juicio, de la verdad y del alma, no te preocupas de mejorar ni piensas qué será lo mejor?’ ” (29 c-e).

Todas estas consideraciones, aunque limitadas por la experiencia griega, de la comprensión griega, del ser, de su ontología, nos hacen pensar profundamente.

Si corrompo a los jóvenes por decir tales cosas, si alguien afirma que yo digo otras cosas y no éstas, no dice la verdad. De acuerdo con esto, atenienses -os diría- seguid a Anito o no lo sigáis, absolvedme o no me absolváis, abrigad la convicción, no podría obrar de otro modo, aunque hubiera de morir mil veces (30 b-c).

A los que me acusan desearía que se fundaran en mis obras o en el contenido de mis clases para acusarme. Pero no lo hacen. Echan a rodar la calumnia y esperan los resultados.

Sabed bien que, si me hacéis morir, siendo yo un hombre tal como digo serlo, no me dañaréis más a mí que a vosotros mismos pues a mí ni Meleto ni Anito podrían perjudicarme en lo más mínimo. No está en su poder hacerlo, en efecto, pues a mí entender no es dable ni permitido que el hombre bueno sea dañado por el malo (30 c-d).

El hombre que pretenda la justicia, y mientras que no permita que le corra el resentimiento o la venganza por la venganza, no puede ser destruido por el opresor y sus mediaciones. El discurso de la totalidad no puede destruir al que se juega por la liberación, ni con su muerte. El que anuncia al sistema su fin es objeto de persecución física, porque necesita eliminarlo para que no continúe su tarea.

Bien pueden tal vez hacerme morir, o desterrar, o privar de los derechos cívicos. Sólo que éste, quizá, y algún otro, consideran como grandes males tales cosas. Pero yo no las juzgo así, sino considero mucho más malo hacer lo que éste hace ahora: procurar que un hombre muera injustamente [...] No faltéis en algo contra el don recibido del dios condenándome. Pues si me hacéis morir, no encontraréis fácilmente otro como yo, puesto en la Ciudad por el dios -aunque éste sea un modo risible de hablar- como tábano sobre un caballo noble y grande, pero que lerdo por su mismo tamaño necesita ser agujoneado. Así pues, como tal me parece que el dios me ha colocado en la Ciudad (30 d-e).

En esto se define la función política del filósofo, que en este caso lleva a Sócrates a la muerte, cuando dice ser “el tábano” de la Ciudad. Esta es además una definición adecuada de la filosofía; muestra su función crítico-política. El tábano agujonea, despierta... pero puede ser objeto de la persecución y la muerte. Es como crítica que el filósofo ha sido colocado por el dios en el sistema. Es un texto maravilloso para entender la dimensión práctico-política de nuestro pensar. La filosofía académica, por más revolucionaria que a veces parezca, en la medida que se aleja de la realidad del pueblo torna al filósofo como un contemplativo lejos de todos los peligros y los avatares de la historia. Preguntándome por el origen del atentado, esta mañana, recordaba algunas conferencias dictadas a algún grupo de jóvenes políticos, a grupos sindicales; ¿será acaso esa persistencia en la crítica al sistema capitalista, a las burocracias...? Todo eso se va reuniendo y se transforma en una acusación. Sócrates todavía explica:

A mí esto me sucede desde niño; surge una voz y cada vez que lo hace me aparta de aquello que estoy a punto de emprender, pero nunca me incita. Esto es lo que se opone a que yo actúe en política y, según me lo parece, con mucha razón (31 d).

Por una parte, Sócrates define su filosofía en función política, con respecto a la Ciudad; pero, por otra parte, una voz desde niño lo llama a tal punto que cuando estaba por convertirse en político de profesión -como diría Weber- se separa del proceso, y tomando perspectiva como de afuera lanza nuevamente la crítica y no puede integrarse del todo a la solidaridad partidaria.

Hace poco, cuando dictaba una conferencia en la Facultad de Ingeniería en Petróleo un joven me preguntaba: “Profesor, ¿cómo actúa usted en la política argentina?” Yo le respondí: “Como filósofo.” Y me preguntó aún: “¿Y en el peronismo?” Le respondí nuevamente: “Como filósofo.” Lo peor que podría hacerle al peronismo es transformarme en un ideólogo del partido; porque siendo un ideólogo solo podría justificar las consignas, mientras que guardando la distancia crítica podría mostrar, o ayudar a mostrar, la vía que a veces se torna difícil. La filosofía agrega criticidad al proceso, pero no se confunde espontáneamente con él.

Cambiando de tema explica todavía:

Estas cosas, atenienses, son tan verdaderas como fáciles de someter a prueba. Pues si en verdad yo corrompo a algunos jóvenes y a otros los he corrompido, forzoso sería que, si algunos de ellos, llegados a mayor edad, hubieran advertido que yo les había aconsejado algo malo en su temprana juventud, ahora se levantarán para acusarme y vindicarse (33 c-d).

En este nivel, el maestro no puede sino alegrarse de haber aceptado su vocación, cuando ve a sus alumnos unirse solidariamente contra los que le acusan. Mis alumnos de la Escuela de Periodismo, de Antropología Escolar y de esta Facultad de Filosofía, al decidir un día de paro de repudio me muestran que el camino elegido es el adecuado. Ninguno de ellos me ha acusado, que yo sepa. Me acusan los que nunca escucharon una clase mía.

Más alguien podría decirme: “Pero Sócrates, si callaras y llevaras una vida sosegada, ¿no te sería posible vivir en el destierro?” (37 e).

En este nivel Sócrates fue muy claro y decidido, y nos enseña el camino a seguir. Para el filósofo vivir en el destierro es morir una muerte más temible que la muerte física. Es ya no poder pensar. En realidad, para nosotros, nuestra *pólis*, tiene mayores dimensiones que Atenas. Nuestra ciudad es América latina. No querría con ello justificarme, sino expresar una convicción ya lejana en el tiempo: nuestra patria es la patria grande (América latina) y la patria chica (para mí Argentina) es parte de la patria real, histórica. Sócrates no podía abandonar la lucha, el lugar de su compromiso. Nosotros tampoco abandonaremos el lugar de la lucha mientras sea posible. Sin la ciudad quedaba a la intemperie: no podía ya pensar.

De todas maneras, cuando uno sufre lo que hoy sufro, uno se vuelve atrás y encuentra en su memoria tantos hechos... Algunos me dicen: -“¡Ves!, si tú hubieras callado.” Pero, en realidad, de repetirse la historia sería necesario hacer lo hecho de nuevo, igualmente, aunque supiéramos de antemano lo que nos acontecería.

Pero no digo esto para todos vosotros, sino para quienes votaron mi muerte (38 c-d).

Ante los que votan la muerte del filósofo no hay justificación posible, racional sobre todo. En realidad, lo que se dice del filósofo crítico -como aquello de “marxista”-, no se dice por error, sino que se dice con fundamento. El que critica a otro es porque ya ha asumido una actitud en la ciudad. Su decir expresa una opción, en la cual le va la vida y le va el usufructuar los beneficios del sistema a costa de los oprimidos. No es fácil, es casi imposible persuadir al que acusa. Lo acusan por razones extremadamente concretas; es toda su vida la que apoya la acusación.

Por ello es muy difícil aclarar la situación del atentado después de cumplido. Será necesario sin embargo explicar lo que pueda explicarse, pero es difícil; aunque más no sea para inquietar la conciencia de los culpables. Pero sólo se inquietarán, quizá, los culpables inmediatos; los verdaderamente culpables, ideólogos y políticos, seguirán durmiendo con la conciencia tranquila.

Lo que se repudia con el nombre del marxismo -marxismo que no conocen ni en realidad les interesa- es la actitud crítica contra, el sistema.

Una lectura desordenada, preparada en algo más de una media hora -ya que entre el remover los escombros, hacer declaraciones y aclaraciones a los medios de comunicación, y el comenzar a pensar en los albañiles para reconstruir la casa, no he tenido más tiempo-, me ha sugerido lo que les he expresado. Quiero además darles a ustedes mis alumnos de esta cátedra de ética, desde lo más hondo de mi ser, un testimonio de vocación filosófica, pero filosofía como instrumento y función política de liberación.

Sería algo así como definir a la filosofía a la luz de la muerte y en compromiso con la Ciudad; fue el tema de la *Apología de Sócrates* escrito desde el vibrante recuerdo que todavía guardaba el joven Platón. Pienso que como filosofía política a la luz de la muerte es válida, aunque parcial; y aún válida para nuestra América latina actual y sufriente.

Por otra parte, y para concluir, debo expresarles que esta experiencia del atentado ha confirmado mis convicciones filosóficas más profundas. Después de esto ya no hay más, sólo resta el próximo paso: la muerte. Ante ella debemos continuar por el camino emprendido, el de la filosofía de la liberación de los oprimidos.*

* El tono de esta conferencia, de sentido más bien subjetivista y hasta moralista, se explica por la situación que vivía el país, donde había comenzado la persecución a los llamados “infiltrados” bajo las órdenes del entonces ministro de Bienestar Social López Rega, cuya trayectoria posterior vino a confirmar sus reales proyectos.